

Esculturas con denominación de origen

Jorge Marsá

Han sido varias las peticiones de que se instalen esculturas en algunos lugares de la Isla en los últimos meses. Las sugerencias han surgido de distintos partidos políticos, unos denominados nacionalistas, otros no; pero siempre con un punto en común: que fueran obras de artistas de la Isla.

El criterio barajado se ha transformado en lugar común, hasta el punto de que a casi nadie parece extrañarle ya la obsesión por el lugar de nacimiento de los artistas. Hace algunos años me lo explicaba la entonces Directora General de Cultura del Gobierno de Canarias: "somos nacionalistas, y nuestra política cultural está destinada a promocionar a nuestros artistas". Los artistas serían así los grandes beneficiarios del esfuerzo público, mientras la ciudadanía resultaría la gran perjudicada. ¿Por qué? Pues porque a los primeros se les mima y se les paga por sus esculturas y a los segundos se les limita su posibilidad de contemplar obras de arte a las realizadas por esos artistas.

Grandes artistas hay siempre muy pocos. El genio no abunda. Acudamos a un período de la historia para aclararnos; cualquiera sirve. Si pensamos en el Siglo de Oro español encontraremos que entre la docena, más o menos, de genios de la época se encuentran algunos españoles. Si nos concentramos en el siglo XIX, sólo encontraremos uno de esa nacionalidad: Goya. El poso del tiempo aclara bastante las cosas y pone a casi todos en su lugar; pero enjuiciar nuestro momento histórico es mucho más arriesgado. ¿Cuántos genios del arte podrían estar trabajando hoy en el planeta?

¿Cuántos en España? ¿Cuántos en Canarias? ¿Cuántos en Lanzarote?

Poniéndose optimista, exagerando en realidad, podríamos aventurar que haya media docena de artistas en este país con algunas posibilidades de pasar la implacable reválida del tiempo. Es seguro que no de todos quedarán noticias. Como hay diecisiete comunidades autónomas, resulta que no tocamos ni a proyecto de genio por comunidad. Parece, es mi opinión, que ninguno de esos artistas importantes de hoy ha nacido en Canarias. Y es meridianamente claro que en Lanzarote no hay ningún artista con una mínima proyección fuera del Archipiélago. Si esto fuera así, una cosa resulta clara: con la exigencia de que las esculturas hayan sido realizadas por artistas de la Isla garantizamos la ausencia de obras de arte de relieve.

Claro que ante la escasez de artistas de auténtico genio, sería una pretensión desmesurada que aspiráramos a colocar en las rotondas de nuestras carreteras obras de relevancia universal. Es

*Grandes artistas
hay siempre
muy pocos. El
genio no
abunda*

Uno de los grandes problemas del arte en la actualidad es el exceso de atención social e inversión

más, si sólo nos pudiéramos surtir de obras procedentes de tales artistas, no sería el de Lanzarote, ni mucho menos, el único museo de arte contemporáneo que tendría que cerrar sus puertas. Es obvio que hay artistas que sin alcanzar esa genialidad son buenos intérpretes del espíritu cultural de su tiempo y que sus obras dialogan con los problemas y los sueños de muchas de las gentes del momento. Es decir, que sus obras contribuyen también a edificar la cultura de la época. Pero, desgraciada o afortunadamente, tampoco son una especie tan abundante.

Podría argumentarse también que una islita como Lanzarote carece de recursos económicos para asumir el coste de las obras de artistas cuya cotización en el mercado es ya excesiva. Aunque cantidades que alcanzan los ochenta millones de pesetas son palabras mayores. Efectivamente, esa es la cantidad que nos vamos a gastar para engalanar una plaza pública en Puerto del Carmen. Tampoco parece que la ausencia de fondos sea el problema cuando en Arrecife las esculturas se compran en paquetes de tres y a precios muy superiores a los del mercado.

Podría, y debería, discutirse cuál es el lugar del arte entre las prioridades públicas del momento. Algunos sostendrían que para la cultura o el arte cualquier inversión es poca. Excelsa opinión; que ennoblece a quien la emite. Pero si algo abunda son las opiniones. Yo, por ejemplo, tengo también la mía: no sólo no es cierto que se invierta poco en la adquisición del trabajo de los artistas, sino que uno de los grandes problemas del

arte en la actualidad es el exceso de atención social e inversión económica que ha transformado el mundo del arte en una feria o en un desfile de moda. Así que las inversiones culturales hay que analizarlas con lupa, como cualquier gasto público.

En cualquier caso, se invierta poco o se invierta mucho, lo que resulta obvio es el empobrecimiento cultural que acarrearán siempre las políticas nacionalistas. Cuando uno está más pendiente de la denominación de origen de la firma del autor que de la calidad de la obra, los resultados tienen que ser por fuerza pobres.

Así ha ocurrido en este país. Desde que los nacionalistas españoles gobiernan las instituciones culturales públicas se ha producido una clara devaluación de la calidad de su trabajo y, en consecuencia, de su prestigio –que tampoco es que antes fuera para tirar cohetes–. El declive del IVAM y del Reina Sofía constituyen los casos más emblemáticos. Claro que el empobrecimiento cultural no tiene por qué ir ligado obligatoriamente a la reducción de las inversiones. De hecho, en España siguen brotando museos de arte contemporáneo como setas.

Si el localismo estrecha el marco cultural a un espacio en el que habitan cuarenta millones de personas, malo; si nos vemos obligados a contemplar casi exclusivamente a los artistas de una comunidad de un millón setecientos mil personas, peor; pero si el ecosistema artístico se reduce a su dimensión lanzaroteña, hemos alcanzado entonces las más altas cumbres del ridículo.